

La obra de Juan Domingo impacta por su indisimulada crueldad; no en vano se le ha aplicado el calificativo de *gore*, de agresivo, aunque él declara que se sirve de exageradas hipérbolas para luego alcanzar la sonrisa, como si nada grave hubiera pasado; justo como en los cómics, los dibujos animados y otros productos de la cultura basura que han marcado a su generación. Esta obra pertenece a una segunda etapa de la corta trayectoria de su joven autor, en la que pinta escenarios recargados y teatrales, de estética pop y cine negro, dominados por frases lapidarias de un tono casi fascista. En concreto, es el primer cuadro donde representa bebés y no niños más crecidos “porque los bebés son sujetos pasivos, personas que aún no están formadas, y que son muy semejantes unos a otros”.(1) Sus obras anteriores mostraban una extraña influencia de los iconos religiosos, como cuando pintaba metamorfosis de niños a ángeles. Aunque en la actualidad le interesa más el campo del arte digital, no han desaparecido los bebés de sus nuevas imágenes virtuales, que ocasionalmente traslada de la pantalla del ordenador al lienzo.

“El amor a la servidumbre sólo puede lograrse como resultado de una revolución profunda, personal, en las mentes y los cuerpos humanos”,(2) escribió Aldous Huxley en el prólogo de su utopía satírica *Un mundo feliz*, obra de la que, junto a *1989* de George Orwell, Domingo confiesa haber extraído gran parte de la inspiración para este cuadro.

La escena tiene lugar en un lúgubre taller, donde de manera artesanal, unos entregados operarios trepanan cráneos, sustituyen órganos y suturan con escasa pericia; ejecutan esa estandarización de los seres humanos que Huxley proponía irónicamente. Como en ambas ficciones literarias, Domingo recrea un futuro anticuado, dotado de una tecnología obsoleta al servicio de la programación de las mentes, encaminada a formar ciudadanos alienados pero felices.

No sabemos si Juan Domingo habla en serio o bromea cuando nos dice que está convencido de que sería para todos más fácil y cómodo aceptar de buen grado la sumisión que se nos impone desde que nacemos. Pero los humanos somos testarudos y queremos ser felices a la vez que libres; hasta que exista “una ciencia que permita a los dirigentes gubernamentales destinar a cada individuo dado a su adecuado lugar en la jerarquía social y económica”.(3)

La dureza de algunas imágenes virtuales creadas por Domingo, en especial sus iconografías infantiles, han provocado algún malentendido. En diciembre de 2000, su exposición en la sala municipal Edgar Neville (Alfajar, Valencia) fue clausurada al día siguiente de la inauguración, provocando una polémica política y la apertura de una investigación del fiscal de menores.

## NOTAS

1 Entrevista con Juan Domingo, Valencia, 4 febrero 2000.

2 Aldous Huxley, *Un mundo feliz* [1932], Barcelona, Plaza & Janés, 1997, p. 17.

3 *Ibidem*.